

tal era su convicción, inspirado en la fe del patriota y en la natural perspicacia del hombre observador, ilustrado y sensato.

* * *

El jefe republicano no se equivocó, precipitando los acontecimientos, un hecho de suma y trascendental importancia acaecido en una nación amiga, en los Estados Unidos del Norte, quienes habían triunfado contra los del Sur, que pretendieron separarse de la Federación que formaba la Unión Americana, desde su independencia.

El Gobierno de aquella República, después del triunfo, dirigió sus miradas á México, que era objeto ahí de las más vivas simpatías de la prensa ilustrada, la cual consideraba vulnerada con la intervención francesa y el Imperio, la doctrina Monroe, que tan arraigada se hallaba en la opinión pública en aquella tierra, en la que, como secular encina, radicaban las ideas de libertad é independencia.

La doctrina Monroe es bastante conocida en el mundo civilizado, y por consiguiente en todas las cancillerías; ella es breve, pero decisiva, y se compendia en esta sola frase: "América para los americanos." Y aunque se ha pretendido darle una interpretación exclusiva en favor del país de que procede, solo ha podido sostenerse bajo la sanción del derecho internacional público, que ampara la soberanía y la independencia de las demás naciones que forman parte integrante del Continente americano.

Así lo comprendió con claro y elevado criterio el notable hombre de estado que hoy rige los destinos de México, el Sr. General Díaz, quien al dirigirse á los delegados del segundo Congreso Pan-americano, reunido en esta Capital en los últimos meses de 1901, fijó la legal interpretación del principio, reduciéndolo á sus justos y naturales límites, aquellos

que en nada pueden afectar la vida, la soberanía, ni la independencia de las Repúblicas de la raza latina que radican en la América, en esta tierra clásica de la libertad y la democracia.

A la interpretación indicada, la cual se debe al Presidente de la República Mexicana, se ha dado el nombre de: "Doctrina Díaz;" y con sobrada razón ciertamente, porque es un hecho, que hasta el momento en que él habló, fijando la extensión de la enunciada doctrina, en lo que á las Repúblicas de nuestra raza se refiere, nadie se había ocupado de la exposición y alcance de aquel principio del derecho internacional americano.

Por otra parte, la interpretación dada por el Sr. General Díaz, Presidente actual de México, á la doctrina Monroe, en nada amengua la intervención que los Estados Unidos de América pudieran hacer valer en casos dados, en favor de las Repúblicas hermanas, precisamente cuando peligrase su soberanía ó su integridad nacional, amenazadas por una intervención extraña al Continente americano.

El Gobierno de los Estados Unidos asumió una actitud seria y firme contra la Francia, en virtud de su intervención armada en los negocios públicos de México; por consiguiente, Napoleón III se vió obligado á inclinarse á su vez, ante el poder de América, ofreciendo retirar las tropas francesas de nuestro territorio. Así, la expedición que en nombre de aquel Emperador trajo á México un gobierno exótico con la forma monárquica tan rudamente rechazada por el pueblo desde que se irguió contra Iturbide ajusticiado en Padilla, pronto debía desaparecer también en el Cerro de las Campanas, cayendo exánime el infortunado príncipe Maximiliano, desgraciadamente obsesionado por las maquinaciones de Napoleón, dirigidas contra un pueblo que había conquistado con su independencia, el derecho de adoptar la forma de gobierno más conforme con sus ideales, es decir, la forma republicana.

Así debía de terminar, en vergonzosa retirada, la página más gloriosa de aquel reinado, como el mismo Napoleón llamaba á la intervención francesa en nuestra patria. Sin embargo, el desastre no terminó ahí, porque quebrantado con aquel acto de sumisión el poder del Emperador, que entonces era el árbitro de los destinos de Europa, como resultado de la guerra de Crimea y las victorias alcanzadas en Magenta y Solferino, pudo conocerse en aquel continente, que el César no era invulnerable, y que podía sucumbir, como en efecto cayó enervado por los goces y el esplendor de una corte que reflejaba las torpezas de los Paleólogos en las postrimerías del Imperio Bizantino.

La guerra franco-prusiana, Sedan y la prisión y abdicación de Napoleón III, fueron el más sangriento y desastroso epílogo de aquel reinado y de aquella dinastía que se ha creído extinguida para siempre, y que al sucumbir arrastró tras sí á la nación francesa, digna de mejor suerte por su gran espíritu y por la elevación de sus nobles sentimientos, siempre dirigidos al bien de la humanidad.

* * *

La actitud de los Estados Unidos bastó para reanimar los ánimos abatidos por tantos desastres, aunque el espíritu público y las esperanzas nunca habían decaído entre los mexicanos, que esperaban mejores tiempos para reivindicar de los invasores el territorio nacional. Por otra parte, los banqueros de aquella nación proporcionaron á nuestro Gobierno un préstamo de alguna importancia que fué dedicado á la compra de armas y municiones de guerra para los Estados del Norte y Centro; por consiguiente, á fines de 1865, alboreaba en todo el país una nueva era para la patria, aunque debía alcanzarse el triunfo definitivo en los campos de batalla, porque á pesar de las indicaciones de Napoleón III, Maximiliano rehu-

só retirarse de México con las tropas francesas que volvían á Europa. Por el contrario, dispuso que su esposa partiera á Francia con el fin de disuadir al Emperador de sus propósitos relativos al regreso de las fuerzas expedicionarias ó aplazar la retirada. La infortunada Carlota nada obtuvo en sus pretensiones; y su razón, perturbada ante la angustiada y dolorosa perspectiva que se presentaba á su excitada imaginación, comenzó á vacilar, hasta que presa de persistente alucinación, se extinguió en su conmovido cerebro, asumiendo desde entonces aquella dolencia mental, el carácter de incurable.

Basta lo expuesto para indicar cuál era el estado que guardara el país en los momentos en que el General Díaz volvía á la lucha, sin elementos de ningún género, seguido de un pequeño número de soldados bisoños, mal armados y peor equipados. Fácil es comprender, por lo tanto, la situación de sus tropas en los momentos de reanudar la campaña, si se considera que el Jefe republicano se veía obligado á fabricar por sí mismo la pólvora, obteniendo de las poblaciones, por medio de sus emisarios y con mil riesgos, los componentes de aquel supremo recurso en la guerra.

La retirada de los franceses se efectuó ciertamente, pero las tropas imperiales, unidas á la legión belga y á los austriacos que permanecieron en el país, ocupaban las poblaciones más importantes, aportando el partido reaccionario, al cual se entregó Maximiliano incondicionalmente, todo el contingente de que podía disponer; por consiguiente, Oaxaca se hallaba en la misma situación desde que había caído en poder de los imperialistas, quienes procuraron conservar aquella Capital á todo trance, con el fin de contrarrestar los planes del General Díaz en aquella importante región, en la que tenía, como nativo de ella, y por sus victorias, un prestigio incontrastable, y á la cual debía dirigirse como centro de acción, en sus futuras operaciones militares que no estaban lejanas.

El General Díaz comenzó, para preparar la campaña, despertando en los pueblos el espíritu patrio que hasta entonces se hallaba abatido, aunque nunca se extinguió en el país, porque si bien es cierto que los franceses extendieron su dominio en él, no es posible olvidar que fueron muy mal recibidos donde quiera que asentaban su planta; por manera que, solamente se hicieron dueños del suelo que pisaban, el que siempre conservaron á costa de su sangre y con el sacrificio de innumerables vidas de los patriotas mexicanos que se oponían á su injustificable dominación. El General Díaz comenzó á luchar con grandísimos inconvenientes, porque el territorio de su mando se extendía en una tercera parte del país, ocupado por los Estados del Oriente y Sur; por lo tanto, tuvo necesidad de nombrar agentes adictos que le secundaran, siendo éstos los que transmitían sus disposiciones en todo el territorio que gobernaba, muy distante de la frontera Norte, desde donde podían los patriotas de aquella región recibir los auxilios de una nación amiga, que para el General Díaz eran completamente ilusorios.

Tal era el estado de las cosas cuando él reanudó la lucha, amortiguada hasta entonces por los triunfos del enemigo; por consiguiente, para reanimar el espíritu público, comenzó activamente sus operaciones. Como hemos manifestado antes, se dirigió contra Ortega, y después de haberle hecho desalojar los pueblos de Pinotepa y Jamiltepec, le alcanzó derrotándole, y en la violenta retirada de aquel jefe ó en su fuga, abandonó más de 700 armas. En seguida el General Díaz tomó á Putla, obligando á los austriacos á retirarse á Tlapa, su cuartel general, y la base principal de sus operaciones.

Tenemos que referir un hecho gravísimo, que pudo haber costado la vida al General Díaz, determinando desastrosas consecuencias para la causa nacional. Ciertamente es que entre sus enemigos, enemigos también de la patria, era objeto de gran admiración, aunque se le consideraba como el mayor y el más

insuperable obstáculo, pues no podían olvidar, que siempre que median sus armas con él, eran vencidos ó burlados sus planes mejor combinados. Trujeque era uno de los jefes más caracterizados entre los reaccionarios, el cual se dirigió al General Díaz, manifestándole que era su propósito reunirse á él con el fin de adherirse á la causa republicana, pero le suplicaba que llegara solo hasta el campamento de los imperiales para conferenciar con el mismo Trujeque, á cuya indicación accedió el General Díaz, porque deseaba atraerse á un jefe de tanto valer para la causa nacional. En efecto, al día siguiente, se encaminó solo al campamento enemigo, y al llegar á él, se le hizo de improviso, de una emboscada, una descarga de fusilería, de la que salió ileso, y montando á caballo violentamente, no sin haber recibido otras descargas, cuyas balas tampoco le tocaron, volvió á reunirse á sus tropas. Bien se comprende que esta fué una celada tan bien preparada, que debía costar irremisiblemente la vida al General Díaz, á quien salvó la Providencia para los ulteriores destinos de la patria.

Infatigable como siempre, continuó su marcha á través de los pueblos de su mando para infundirles nuevo aliento, siguiendo por los Estados de Puebla, Tlaxcala y Norte de Veracruz, en los que recibió entusiastas demostraciones de adhesión á su persona y á la causa nacional. Al mismo tiempo se le incorporó su hermano el Coronel Don Félix Díaz, que era para él un auxiliar de gran valía. Habiendo reorganizado sus escasas fuerzas, emprendió de nuevo sus operaciones, en el momento en que el jefe imperialista Orozco, que mandaba las fuerzas destinadas á conservar el dominio sobre Oaxaca, se dirigió con 1,000 hombres á Tlaxiaco, en cuya población supo que su cuartel general había sido atacado por el Coronel Díaz, precisamente cuando el General Díaz se presentaba ante las fuerzas imperiales que debían salir en auxilio de su cuartel general, y sin presentar batalla,

Oronoz abandonó violentamente el pueblo. El General Díaz con sus escasas tropas avanza sobre el enemigo, le persigue, y alcanzándole en Nochistlán, de donde salió también una parte de la fuerza acampada ahí, la derrota matándole á su jefe, á varios oficiales y soldados. Esta retirada y el triunfo consiguiente, se debió á la combinación del Jefe republicano que, de acuerdo con el Coronel Díaz, ordenó que este Jefe llamara la atención de Oronoz sobre su cuartel general, mientras que él le perseguiría de Tlaxiaco á Nochistlán, en donde derrotó parte de sus tropas en su pronta retirada.

Los imperialistas al mando del Jefe indicado volvieron sobre sus pasos, pretendiendo batir con éxito al General Díaz, quien de nuevo repitió la maniobra anterior; sin embargo el enemigo había sido reforzado, pues Oronoz emprendió la marcha con una fuerte columna de 1,000 hombres de línea que fué reforzada con mayor número de fuerzas auxiliares al mando de Acebal y Trujeque, quienes mandaban la caballería; además el 9º regimiento de infantería, los batallones de cazadores y el de Jamiltepec, en pie de fuerza, con soldados y oficiales franceses al mando del Coronel Testard, y las contraguerrillas que por su arrojo y fechorías eran conocidas con el nombre de "Cola del Diablo." Las tropas republicanas mal armadas, apenas contaban con 700 hombres de tropa.

Persistiendo el General Díaz en su anterior combinación, atrajo á Oronoz hacia el Sur en el Valle de Ejutla; mientras él establecía su campo en Miahuatlán á ocho leguas más allá de la posición del enemigo, pero éste se presentó repentinamente á pesar de la distancia, y las avanzadas de la fuerza republicana entraron en desorden á la población; el General Díaz monta en el acto á caballo, y con la primera tropa disponible, sale en observación y detiene á sus contrarios, mientras toda su fuerza se retiraba á Cuistla, porque su plan consistía en atraer al enemigo hacia la cordillera cercana.

Como el hecho de armas que siguió á estos preparativos, es uno de los más gloriosos que revelan, como siempre, el genio militar del General Díaz, es nuestro deber relatarlo detalladamente para no mutilar aquel hecho, pues su resonancia, aún se conserva viva en los anales de la carrera militar del victorioso Jefe republicano y también en nuestra historia patria.

Decíamos antes, que el plan del General Díaz, se limitaba de pronto á atraer á Oronoz hacia la cordillera de la costa, á cuyo efecto el mismo General se puso en marcha con una parte de sus tropas, porque con motivo de sus operaciones, las había dividido haciéndolas avanzar. A media milla de la última población, el camino cruzaba una altura y en este punto estableció un pequeño número de soldados en actitud imponente de orden de batalla.

Este movimiento atrevido, hizo suponer á las fuerzas que avanzaban, que toda una columna debía estar oculta en la cima y dispuesta para el ataque, así, hicieron alto, formándose en batalla con los cañones listos. El engaño se desvaneció prontamente porque un reconocimiento inmediato, reveló la aproximación de la caballería y la partida hacia el Oeste de la infantería. Oronoz se preparó desde luego para asaltar la altura; pero en vista de la situación, el General Díaz determinó cambiar de plan. El camino tomado por la infantería desaparecía detrás de una elevación intermedia que proporcionaba un admirable obstáculo para ocultar los movimientos de flanco y retaguardia, con probabilidades de poderse sostener allí ventajosamente.

El General Ramos que mandaba la caballería, recibió orden de hacer frente al ataque y contener el tiempo posible al enemigo, batiéndose en retirada hacia la población. Cerca de allí en un campo inmediato al camino, estaban apostados cuarenta excelentes tiradores escondidos por un cerco de magueyes. Ramos obedeció la orden recibida, retirándose sin ha-

ber tenido ningún choque con los dragones de Acebal y Trujeque; pero cuando estos últimos pasaban en su persecución frente al cerro, los tiradores les hicieron fuego con tal precisión, que cada bala dejó marcada una huella sangrienta. No sabiendo el número de los que estarían emboscados, los dragones sorprendidos volvieron bridas en precipitada fuga. A los tiradores se les ordenó en seguida cambiar de posición cerca del ala izquierda del enemigo, con instrucciones de no descubrirse, y de hacer fuego á una señal. La caballería continuó de nuevo su retirada por entre la población, hasta que un espeso follaje le permitió ganar sin ser vista la cordillera ya citada, y cubierta por ella se apresuró Ramos á tomar la retaguardia á Oronoz; es de advertir que un hombre vestido de labrador se hallaba estacionado en una altura para transmitir las señales del General en Jefe. Entretanto, la infantería dió media vuelta y se presentó en la cima de la pequeña altura á la derecha del enemigo, que apareció sobre otra elevación en tres columnas paralelas, estando la de la derecha compuesta de dragones.

Ornoz comenzó la batalla con un fuego nutrido en que las llamaradas de la fusilería se mezclaban con las ardientes bocanadas de aire que desalojaban las piezas de campaña. Luego fué batido el Coronel M. González quien se sostuvo firmemente, avanzando á la par que un cuerpo de rifleros se desvió algo hacia la izquierda, y con una certera descarga hizo vacilar á las columnas enemigas. El General Díaz, habiendo observado estos movimientos, mandó que avanzase otro cuerpo á avivar el fuego; pero la gente de Oronoz se repuso de su confusión momentánea, contestando con torrentes de llamas, que abrían ancha brecha en los republicanos. En realidad, el escaso parque de los últimos estaba casi agotado, conociendo que no podían sostenerse por más tiempo; sin embargo, el General Díaz dirigió ansiosas miradas hacia la cordillera, pues aguardaba las señales de que la caballería estaba en po-

sición. Al fin no pudo detenerse más, pues su línea del frente comenzaba á flaquear, y dejando un oficial con el objeto de transmitir las señales, se lanzó por toda la línea para disponer una carga, arengando á sus soldados con uno de esos breves discursos que en momentos supremos les dirigía, conmoviendo su ánimo vivamente. Luego, colocado á la cabeza del batallón que estaba á la izquierda, lo condujo, dando un entusiasta grito de guerra, contra el centro del enemigo y en línea recta á la batería, á la vez que el Coronel González avanzaba con la columna á la derecha.

Lanzáronse por el descenso del terreno, y al través del pequeño barranco entre los dos declives. Una descarga arrasadora de los rifleros pasó sobre sus cabezas cayendo en el centro opuesto, sofocando hasta cierto punto el fuego de retorno; y en el mismo instante, los emboscados tiradores, repitieron la descarga cerrada sobre el ala izquierda con terrible efecto. Las columnas de ataque se aproximaron á toda carrera sin detenerlas el fuego graneado de fusilería, y cayendo sobre las filas vacilantes, penetraron hasta la batería.

Después siguió una pausa en la que Oronoz tuvo tiempo de observar el pequeño número de los que cargaban sobre él, por lo que reuniendo su frente desordenado, avanzó rápidamente para recapturar sus cañones y repeler á sus contrarios hacia el barranco. Otra descarga nutrida procedente de la emboscada, ayudó á González á rechazar el ala izquierda, y á distraer el contra-ataque, pero sólo por un momento. El Coronel Testard se lanzó al frente con su pie de veteranos, y González á su vez tuvo que ceder, rechazado lentamente para abajo del declive; entonces Oronoz se arroja hacia adelante sin obstáculos y con abrumadora fuerza; con este motivo la situación parecía haber sufrido un cambio. Díaz observó con ansiedad la cordillera y sólo vió un velo de humo que sobre ella flotaba: "Campo," gritó, y los capturados obuses lanzaron sus proyectiles sobre la reserva que avan-